

CUADERNOS DE HISTORIA 12

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 1992



EN TORNO A LA HISTORIA DE LAS MENTALIDADES

Fernando Valenzuela Erazo

Departamento de Filosofía
Universidad de Chile

La pregunta histórica conduce a la formulación de algunos problemas que llevan a dilucidar sobre el sentido de la historia. La discusión filosófica sobre este particular admite, como en otros órdenes de materias, un planteamiento ontológico y óntico de estos contenidos. De cualquier manera, incorporada al lenguaje del ser, la pregunta indaga por las circunstancias de la historia en relación a este tema central, del cual deviene, precisamente, la claridad necesaria para una formulación teórica de lo que debemos entender por la naturaleza de los fenómenos históricos.

Estas mismas precisiones permiten acceder a los diversos tipos de conocimiento de la disciplina, los cuales, siguiendo los criterios iniciales que se tomen sobre el particular, dan margen a una epistemología, o a varias, según los casos, todas como consecuencia directa de estos delineamientos. En su desarrollo estas modalidades del pensamiento histórico traen de nuevo a la preocupación por el sentido de lo histórico.

La historia de las mentalidades penetra en las honduras del ser histórico, de sus cualidades y propiedades y trata de resolver el problema central de su propia naturaleza. De allí deriva un concepto de la investigación histórica cuya pretensión es la de armonizar el conocimiento partiendo de fuentes nuevas, no usadas anteriormente, en las que el mayor énfasis se pone en descubrir los

rasgos que caracterizan la mentalidad el hombre que vivió el hecho histórico. Aplicando semejante criterio se intenta precisar de modo más radical el alcance de los contenidos históricos, metiéndose (por así decirlo) en las motivaciones del comportamiento de los individuos y en la constelación de ideas y pensamientos del habitante de los tiempos pretéritos.

Este concepto es propio de una teoría del saber que no siempre ha tenido una aceptación unánime. En términos generales, resume posibilidades epistemológicas y metodológicas en el proceso de recopilación de los fenómenos históricos a partir de una heurística que considera fuentes no tradicionales, las que presentarían modos significativos del accionar de los individuos, y preocupándose de la acreditación de los hechos que se generan por esas vías.

Utilizando mecanismos representadores que entregan a la historia resultados novedosos e insospechados, no previstos con otros procedimientos, pero que pueden ser objetables epistemológicamente hablando, por la naturaleza de semejantes fenómenos, la investigación histórica hace un esfuerzo manifiesto para que la verdad del suceso no se le escape de las manos. En determinadas circunstancias dichas fuentes hacen resaltar, mejor que otras, los hechos históricos examinados.

Antecedentes de estas investigaciones se pierden en el pasado; en este siglo Huizinga y algunos alemanes han vuelto a estas orientaciones, las que también han sido recogidas por historiadores franceses. Algunos autores que aparecen en estos registros son: Aries, Bennisar, Braudel, Bloch, Duby, Dupront, Febvre, Le Goff, Le Roy y otros. Muchas de estas ideas se vinculan, además, al trabajo de sociólogos de nacionalidad francesa y a ciertos planteamientos antropológicos que se mueven en esa misma línea.

En el medio chileno la obra de los historiadores Mario Góngora y Rolando Mellafe, son expresiones lúcidas de estas tendencias sobre la investigación histórica.

El profesor Mellafe define la historia de las mentalidades simplemente como «la historia del acto de pensar»,¹ haciendo explícito el maestro chileno que por pensar debe entenderse «la manera como el ego tiene de percibir, crear y reaccionar frente al mundo circundante».²

De los estudios realizados por el profesor Mellafe se desprende una ampliación insospechada de las fuentes históricas. Sus consideraciones sobre lo individual y lo colectivo, las nociones de tiempo (tiempo largo, cotidiano, etc.), lo inconsciente y lo intencional, lo estructural y lo coyuntural, lo marginal y lo general, etc.,³ abren sin lugar a dudas nuevas perspectivas al tratamiento histórico de los problemas.

¹ Mellafe, Rolando. *Historia de las Mentalidades: una nueva alternativa*. Editorial Universitaria, Santiago, 1982, p. 97.

² Mellafe, op. cit. p. 97

³ Mellafe. op. cit. p. 98.

En base a estas posibilidades las críticas que ponen en duda estas ventajas, sin desconocerlas, no le parecen a este autor suficientemente justificadas, aunque reconoce las dificultades que se enfrenten. Expresa que «preocuparse de tantos y variados objetos al recibir tan variadas influencias y métodos -que van desde la ecología a la psiquiatría- no han podido aún, y quizás nunca podrá, crear una metódica sintética que unifique sus procedimientos». ⁴ En el fondo se trata de superar la labilidad tan propia del dato que se maneja, circunstancia que a veces impide la objetividad de la disciplina. La importancia de la historia de las mentalidades radica en que ayuda a despejar los temores que asedian el campo teórico de las ciencias y, en particular, el de la historia. El tratamiento de los problemas consistiría en afinar la interpretación para demostrar con la mayor fidelidad el comportamiento de los individuos que protagonizan estos hechos.

Los problemas lógicos o epistemológicos que se plantean en este campo, ceden el paso a la evidencia de verdad histórica que emana de este quehacer. El argumento ya se encuentra en Gadamer como una regla hermenéutica general. Algunas disciplinas, según este autor, deben enmarcarse de acuerdo a esta regla. La metafísica, por ejemplo, puede tener aspectos no resueltos en cuanto al valor de su rigor metodológico, como efectivamente se destacó en la crítica kantiana, pero lo que mantiene el valor de lo que ella representa es la verdad de su quehacer, verdad que emana de ella misma como actividad que, como sabemos, se impuso de modo innegable durante siglos sirviendo una función en la teoría del saber filosófico y jugando un papel que se ha reconocido ampliamente. ⁵

No debe entenderse este concepto en el sentido de circunscribirse a la mentalidad del historiador que también interfiere, obviamente, en los sucesos que estudia. Esto sería proyectar las acciones del investigador en los hechos, actitud metodológica distinta a la anterior, la que puede ser recomendada en la medida que se dimensione adecuadamente la influencia que provoca en el fenómeno. En este nivel concurren limitaciones, prejuicios y racionalizaciones de todo orden que el investigador pone sin querer en la elaboración de su trabajo. Es indudable que estos factores influyen directamente en el proceso de investigación, en la recopilación e interpretación de las fuentes y en las conclusiones a que llega la indagación misma. Semejante labor en sus inicios ha sido suficientemente planteada por Bacon, en los albores de la lógica científica, a raíz de la descripción que hizo de los idola, en aquella memorable obra titulada «Instauratio Magna».

El criterio que propone la historia de las mentalidades no es una subjetivación del conocimiento, sino una ampliación de las fuentes. Lo que en

⁴ Mellafe. op. cit. p. 99. Véase también del mismo autor «El acontecer fértil y la historia no factual: otro capítulo de la Historia de las mentalidades. Boletín de la Academia Chilena de la Historia, N° 100. Santiago, 1990.

⁵ Gadamer, Georg. *Verdad y Método*. Editorial Sígueme. Barcelona. 1972.

cierta medida indicaría que el historiador, además de sobreponerse a las apreciaciones personales del asunto, debe al mismo tiempo ampliar las posibilidades que se abren a los nuevos recursos de la investigación. El propósito de buscar fuentes del conocimiento histórico y de ceñirse a ellas por la vía de una teoría de las mentalidades permitirá hacer accesible ciertos hechos que no sería factible de alcanzar de otra manera.

Para dar cumplimiento a esta finalidad la perspectiva que sugiere esta dirección se consuma en el intento de desentrañar la actividad de los individuos penetrando en la interioridad de los sujetos de cada época. Es forzoso instalarse en los hábitos profundos que se visualizan en esas fuentes, no necesariamente racionales, pero que forman parte de la vida de las comunidades. De aquí la importancia que le atribuye Mellafe a las investigaciones de Jung y del inconsciente colectivo. Los individuos son el testimonio de lo que acontece y esa experiencia adicionada a las manifestaciones de su quehacer, pasan a ser acciones residuales, permanentes, casi siempre previas y anteriores a cualquier otra distinción, como lo serían, *verbi gratia*, los criterios de clase, las situaciones del poder, las ideologías políticas, etc.

Allí nos hundimos en la argamaza unificadora de los elementos que conforman la conciencia histórica. Los individuos de una comunidad responden de modo uniforme a los estados que los afectan (el fenómeno de la muerte, la enfermedad, el trabajo, la relación de pareja, etc.). No es una historia mítica de la conformación del *ethos* sino que más bien reproduce, con amplitud y certeza, las manifestaciones reales y prácticas de una comunidad, explicando sus conductas desde una experiencia vivida, no fundada en orígenes irreales ni buscando causas idealizadas de los fenómenos, con todas las dificultades que ello trae consigo.

La historia de las mentalidades busca los hechos originales de la existencia, anónimos, marginales, cotidianos, en los que se pretende encontrar intactos los sucesos del pasado, expresión no contaminada ni deformada de la vida social, hechos nimios, exentos de toda manipulación posterior, transparentes y ajenos a ideologías mediatizadoras del acontecer diario. El conocimiento histórico se adhiere a una realidad que le grita a su época sin ser escuchada. La historia de los sin voz, que se debe ser oída en algún instante. Probablemente el historiador siempre cumplió su labor de esta manera, pero ahora tiene conciencia de una posibilidad metodológica rigurosa. Avanza más todavía. Busca en el quehacer de las manos, de los gestos, en los movimientos del cuerpo, de la expresión, en las manifestaciones de la mutualidad, etc. situaciones que encierran significados auténticos del vivir cotidiano. Penetra en las hendeduras de la relación humana, de lo que no se encuentra fácilmente, lo que está alejado del tráfico, lugar genuino donde la existencia se expresa sin mediadores, especie de fundamento desde el cual pueden encontrarse lo que revela el hecho histórico. En el medio chileno, bajo una visión de lo cotidiano se cuenta con las investigaciones de H. Gianini.⁶

⁶ Gianini, Humberto. *La Vida Cotidiana*. Editorial Universitaria. Santiago, 1982.

Del mismo modo, se observan las tareas corrientes del individuo que ofrecen lazos objetivos con la función diaria que proviene de los oficios y las actividades. No puede desconocerse que en los distintos planos de la vida social, se encuentra un reflejo amplio de lo que es el quehacer humano que registra la historia. La minería, la agricultura, el comercio, etc., son modalidades confiables de la existencia que asumen la realidad de la vida y que pueden dar margen a un tratamiento fidedigno de la historia.

Con los nuevos usos y ponderaciones de las fuentes vuelen a aparecer los antiguos problemas filosóficos de lo general y lo singular. La historia trata de recuperarse de la antigua sentencia de Aristóteles que limitó las posibilidades a las ciencias de lo particular, creando un ideal de saber con el que la historia tuvo algunas dificultades en los planos lógicos. A trechos se piensa que la esencia de lo histórico, en la medida que es la narración de la vida humana (*res gestae*), sigue la suerte de la individualidad, a causa de lo cual aparecen con regularidad en el horizonte las discusiones en torno a varios problemas no resueltos, como por ejemplo el de los indiscernibles, que instaló la naturaleza del individuo en lo particular y lo singular. Esta tesis la recoge Leibniz de Aristóteles, pero el asunto también aparece en los planteamientos escolásticos del medioevo. Al igual que el fenómeno histórico, el principio sustenta la infinita variedad de las características individuales, las *hacceitas*, según el término de Duns Scotto, por oposición al principio de lo continuo que conduce a la esencia y a lo general, la quiddidad de los escolásticos. La expresión «*individuum semper est inefabile*» resume una concepción del pensamiento que llevado a la historia justifica el esfuerzo de la historia de las mentalidades para alcanzar una conceptualización adecuada de este marco tan elusivo que incluye la individualidad de lo histórico.

Las interpretaciones que logra el investigador las lleva a un *logos* consecuente, hurgando en lo que piensa y siente el hombre concreto que estudia o la institución según sea el caso.

Digamos que se busca recoger la contemporaneidad que en su momento tuvo el fenómeno y que se escapa a todo registro, tratando el historiador de insertarse en la secuencia de los sucesos. Deja de tener importancia lo que el historiador piensa sobre el hombre de aquellas épocas puesto que lo que se busca es el pensar de los protagonistas en los acontecimientos en que intervienen. Refiriéndose a este punto Collingwood, autor de los años cincuenta, señala que el investigador debe revivir imaginativamente, en su propia mente, lo que piensa o siente el protagonista en el crucial momento que le tocaba vivir. Creemos que tiene mucha razón en lo que afirma. Pero con esto el autor sólo define el problema general del historiador sin llegar a la precisión de los contenidos que maneja la historia de las mentalidades, que, es, justamente, lo que diferencia esta tendencia, de los esfuerzos de Mellafe.⁷

En verdad, la historia de las mentalidades se mueve en una oposición no siempre declarada a las concepciones históricas tradicionales. Imprecisa a veces,

⁷ Collingwood. *Idea of History. Epilegomenos*. Oxford Paper. London, 1972.

pero sugerente, en la interpretación final. Por esta causa se hace necesario determinar a cada instante, con mayor rigor, de modo exhaustivo, los antecedentes nuevos que llevan a esta modalidad de la indagación histórica.

En este contexto, dicha corriente surge de una superación o intento de superación de postulaciones insuficientes de los esquemas tradicionales. El caldo de cultivo de estas nuevas tendencias aparecen como una respuesta a la conciencia histórica, inmersa en los problemas no resueltos por las teorías anteriores. Se la puede estimar como una reacción a la historia oficial, con todo lo de impreciso que esta afirmación conlleva. Podríamos decir que los hechos siempre se plantearon en los baremos de una historia de las mentalidades, probablemente, sin saberlo y con ausencia de todo rigor metodológico. Se aboca ahora a un trabajo más exigente que requiere de una gran sagacidad de parte del investigador en el tratamiento de las fuentes y de una sensibilidad mayor para detectar los movimientos o manifestaciones, a veces tenues, que se presentan en el medio social, premunidos, además, de una sinceridad suficiente para expresar los resultados obtenidos. Se requiere de una ponderación de la prueba más acorde con los elementos mentales y espirituales que están en juego, pero que ahora tratan de ser componentes expresivos de un comportamiento determinado.

Se concreta un interés por alcanzar la mayor objetividad en las apreciaciones, cobrando especial importancia el tratar de obtener el fenómeno histórico desprovisto en lo posible de todo aditamento o agregado que interfiera negativamente en el juicio de las situaciones que analiza. En este punto, debe tomar precauciones para evitar los procesos de ideologización que surgen como imposiciones permanentes de la realidad histórica, aunque deformantes y mediatizadoras del fenómeno, especialmente en la forma como se ofrece al historiador. Cada época genera su propio sistema de interpretaciones, lo que vale tanto como afirmar que cada período se expresa bajo una ideología determinada, elemento encubridor que trata de dar cuenta del hecho histórico bajo sus propios términos. La intervención ideológica contribuye en la situación a una deformación casi natural del acontecimiento en estudio, a veces mucho más allá de los límites tolerables. En otras ocasiones, en cambio, esta influencia es menor. El historiador percibe la adulteración ideológica del suceso y busca el modo de alejarse de esta influencia o trata, al menos, de introducirla como uno de los factores en juego que debe ser interpretado en función de ese contexto. El investigador debe tratar de hacer visibles las huellas ocultas o ignoradas que yacen en el suceso. Debe proceder de esta manera porque de otro modo se distancia del fenómeno y queda impedido para ver el hecho como es efectivamente.

Se descubre en estas actividades la existencia de una verdadera estratificación de los hechos de acuerdo a su mayor o menor contaminación ideológica. Constatación que implica situaciones diferentes que es necesario tener en cuenta. Del conjunto de los asuntos o materias que examina el historiador, en algunos se presenta una ideologización extrema, mayor que en otros casos, dependiendo esa gradualidad de los intereses comprometidos. El pro-

blema se vuelve crítico al examinar lo que sucede, por ejemplo, con el acontecer público, generalmente de carácter político, militar, ético o religioso. En estos casos el historiador descubre que la fuente que investiga ha perdido su inocencia histórica porque ha sido mediatizada de modo completo por la ideología que la envuelve, a causa de lo cual se afectan los protagonismos activos o pasivos del fenómeno. El ideologismo acciona en estos casos y los fenómenos se manifiestan sin ninguna naturalidad, de modo predispuesto, como si se hablara para la historia, en un discurso externo que generalmente desfigura el hecho mismo. En las esferas superiores opera con mayor rigor el círculo del poder: la interpretación del fenómeno histórico es altamente ideológica. En general, lo que se dice o se hace a ese nivel lleva un sello que induce a una interpretación acorde con las ideas prevalentes en ese momento: son las propias del mundo y de las esferas de poder. A medida que nos distanciamos de estos sectores nos acercamos más a la vida comunitaria en la que se observa que los hechos se hacen más transparentes a la indagación porque están desprovistos del mecanismo mediatizador.

Idealmente, podríamos suponer que en los niveles inferiores no existe ideología o es mucho más escasa. La reflexión metodológica indicaría que al compenetrarse de estos niveles, se reflejaría de modo muy auténtico el acontecer histórico. En otros términos, los hechos nimios, vulgares y corrientes (la conversación en la mesa familiar, la reunión en la posada, la sala de juego o el estadio, el acto en la parroquia, etc.) son en su manifestación un reflejo más auténtico de la actividad que transcurre en el seno de la comunidad. Las opiniones que allí se emitan resultan más veraces y legítimas que las otras que vienen de lo alto, en las que ya se supone una interpretación interesada y elaborada del acontecer histórico.

Por este motivo la historia de las mentalidades busca de preferencia los hechos distantes de las manipulaciones que los acompañan como armónicos inevitables de los fenómenos.

En ocasiones la ideología no puede extirparse del fenómeno, razón por la cual debe ser examinada con criterio crítico. La indagación descubre que ella tiene el servilismo del cipayo, que corrobora y afianza la posición ganada por la mala conciencia que se va construyendo en la experiencia de las cosas. Se produce una racionalización de la realidad que se apoya en los intereses de la estructura detentadora del poder.

La concepción marxista utilizó de modo excesivo la ideología a través del materialismo histórico, cuyo eje interpretativo fue fundado en consideraciones económicas estimadas como la fuente única del devenir histórico. Parece evidente que dicho antecedente no es el único que puede exhibirse para interpretar el fenómeno histórico y que, en todo caso, el argumento aludido, llevado a la exageración, desvirtúa el sentido del hecho que se estudia.

la relación de la historia con el poder y el quehacer político ha sido destacada de modo prioritario. La idea de Hegel, que recoge a Kant y Fichte, en orden a que se estima que el asunto propio radica en el acontecer político, contribuye a semejante planteamiento.

El poder se impone de arriba a bajo con una verticalidad inequívoca, probablemente con más fuerza que ninguna otra estructura social. Dicha acción es siempre objeto de interpretación. No hay nada en aquel que lo sustraiga a este designio. El poder mediatiza el acontecer humano y nunca deja indiferente: se sufre, se resiste, se toma partido ante él, etc., pero nunca se presenta neutral. Por esta causa el poder se viste con la ideología en doble sentido. Por una parte, lo interpreta el que lo ejerce. El gobernante, por ejemplo, actúa ideológicamente, explicando habitualmente la razón justificatoria de tal o cual medida. El mandato de la autoridad siempre adelanta una justificación de esta naturaleza, mayor según la trascendencia del asunto. Esta tendencia, de gran incidencia en los regímenes autoritarios trata a veces de justificar ontológicamente sus razones. Basta recordar las situaciones que se producían con las sentencias del Santo Oficio o las decisiones de las monarquías absolutas.

En segundo lugar, surge la interpretación del que sufre el poder. Allí la fuerza opera sobre el individuo de modo directo. La interpretación del que soporta la acción es la del afectado o marginado. Generalmente, su testimonio es opuesto al del agente del poder. El trabajo crítico del investigador consistirá en agudizar esta dinámica de los hechos, tomando en cuenta los puntos de vista en juego, para no quedar desubicado del verdadero sentido del acontecer histórico.

Esto nos conduce a otra constatación de interés, que podría representar un inconveniente que es necesario superar. A medida que se asciende en la explicación racional de los problemas, los juicios de valor que se formulan, como elementos constitutivos de la realidad, se hacen más distantes de lo ideológico. En ocasiones se observa que la definición valorativa surge en general como una interpretación supletoria de los hechos por falta de una elaboración intelectual más consistente de la praxis o de las formulaciones científicas o filosóficas. Similar a la explicación mítica, aquella sigue de cerca a esta en la comprensión del mundo. Los recursos que se emplean a este nivel están llenos de estimaciones de todo orden, reflejo o trasunto de aspiraciones no realizadas o de deseos insatisfechos de enorme importancia para el conocimiento de los grupos humanos.

Esto podría indicar que la historia de las mentalidades reafirma una tesis poco favorable al positivismo. Pero el problema es mucho más complejo. En cuanto se respeta un afán de no prescindir de los hechos ambos tienen una intencionalidad similar, si bien hay que reconocer que el concepto de hecho es mucho más amplio en la primera dado que incluye en su juicio aspectos propios de la estimación de los fenómenos sociales. Sin embargo, el intento del positivismo de explicar los fenómenos refugiándose en lo general que le proporciona la seguridad de la ley, es insuficiente para dar cuenta de los hechos históricos que tratan por el contrario, de alcanzar la mayor certidumbre en la precisión de las cualidades propias de los individuos, elemento que caracteriza al ente histórico que trata de conocerse.

El tratamiento científico del hecho recomienda un acercamiento a la vivencia de los individuos (y de los pueblos) en una perspectiva que permita dar

cuenta de todas las manifestaciones que ella contenga y no sólo de los elementos racionales. El valor es uno de los contenidos de la vivencia que lleva una diferencia apreciable con otras expresiones también presentes en ella. La vivencia del valor no pertenece a los fenómenos mismos. En este contexto son significaciones que se plantean como un ideal de vida, querido o deseado, realmente por los miembros de una comunidad, más no cumplido ni realizado totalmente en el proceso histórico. Reviste a los fenómenos de valorizaciones que no pertenecen a la realidad pero que influyen sobre ella.

El inconveniente de hacer historia de semejantes pretensiones se hace evidente por cuanto esta perspectiva responde a un nivel de deseos y aspiraciones de los individuos difícil de conceptualizar, circunstancia de proyección futura que hace muy azarosa la investigación que se realice de ellas. La historia, al contrario, busca lo que es o ha sido de la vivencia, presente y pasado que corresponde al asunto propio de la narración. Por la vía de los valores, en cambio, se le otorga mayor importancia a los contenidos del futuro. En realidad, el diagnóstico que se hace de la historia de las mentalidades encuentra un tropiezo en este punto que es necesario abordar. En efecto, se tenía la impresión de que no era posible una investigación histórica basada en elementos valóricos de los individuos, aspectos puramente significativos que operan en función de aspiraciones humanas que siendo importantes -nadie lo duda- se caracterizan por su irrealidad ontológica. Diríamos que se hace difícil para el investigador fundar el acopio de hechos en antecedentes tan extraños como son los valores. En verdad, examinar una época cualquiera desde la proyección ideal que se hace ella a partir de sus valores en un momento determinado pareciera una tarea imposible de asir para la historia que al hacerlo, se diría, se deja escapar lo concreto del fenómeno humano que como el agua de las manos fluye sin poder aprisionarla. Es el asunto de la cultura y de los intangibles irrenunciables a la existencia humana. Sin embargo, su importancia es enorme para la comprensión del fenómeno histórico. Resulta ilustrativo tener presente que la institución de la esclavitud fue perdiendo importancia cuando se comprendió que los ideales de las comunidades ya no se podían compatibilizar con la legislación que existía en ese momento histórico. Surge aquí con evidencia la necesidad de pensar la historia en función de las significaciones de estas proyecciones de cada época y tomando en cuenta el futuro. Cobra sentido la expresión «recuerdos del futuro» a pesar de la contradicción en los términos que la frase lleva consigo.

A este concepto confluyen otras igualmente importantes. Es el caso de la historia de las ideas, de la acción y realización humana, etc.

La historia de las ideas, por ejemplo, resume el intento del historiador de estudiar los fenómenos que le conciernen a partir de un discurso objetivo que relaciona las ideas con una constelación de tiempo determinada. Las ideas constituyen una prefiguración del mundo a través de los conceptos. Este mecanismo representador forma parte de la mente que actúa como elemento mediador del mundo. Conocemos el mundo y las cosas gracias a este instrumento excepcional. Se puede afirmar que el proceso captador del mundo se

identifica con el quehacer de la mente. por lo que podríamos llegar a la conclusión que el conocimiento depende de la formulación de las ideas. Este quehacer contribuye al conocimiento de la realidad. Es el reflejo de lo que acontece, formando parte de la mente. Sin embargo, la relación de concepto y realidad muestra la insuficiencia del primer término. En efecto, la realidad, el haber de objetos (*die gegenstandliche Haben*), como lo ha demostrado Dilthey, supera al proceso de captación de objetos (*Das gegenstandliche auffassung*). El esfuerzo que le corresponde a la historia de las mentalidades en este contexto es un serio intento para recuperar las deficiencias inherentes al proceso captador. En esta perspectiva la historia de las mentalidades abre la posibilidad de romper el marco rígido del concepto, permitiendo que el análisis histórico llegue hasta la fuente misma, cauce desde donde surge el acontecimiento.

Conviene conjeturar, en todo caso, si la historia de las ideas es examinada por la historia de las mentalidades. Con algunas excusas a los especialistas demasiados rigurosos del conocimiento, podría afirmarse que la primera es interpretada por la segunda que, por ciento, no la abarca en su totalidad. La idea en este contexto aparece como el instrumento representativo de la realidad: será el exponente de una parte de la vida mental que transcurre en el medio social pero cuyo significado último debe ser tratado por una historia de las mentalidades. Ir más allá de eso sería meterse en un ámbito poco seguro en donde nos topamos con la ideología que también la utiliza de modo muy principal.

La historia de las mentalidades se refiere también a la acción y hacer humanos, en cuanto factores expresivos de la voluntad que se manifiesta en el mundo. Podría pensarse todavía como perteneciente a esta la historia de los valores reflejados en la emotividad y los sentimientos de la vida humana. Pero, en fin, eso es materia de otro asunto que lleva su propia cohorte de urgencias y problemas que darían margen a nuevos enfoques sobre el particular.